

mas asíduos en nuestros obsequios, y mas frecuentes en nuestras visitas, para que miéntras tantos sacian sus ojos con las mil vanidades que el mundo ofrece cada día á sus amadores, nosotros no nos cansemos de ver y contemplar ésta tu imágen embelezadora, que fué siempre el encanto de nuestros padres, y es hoy la mas bella y mas dulce esperanza de sus hijos. Amen.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

SEXTO DIA.

Al dia siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo que se agravaba, los dulces au-

xilios que la religion para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza, aunque motivada por celestiales intereses perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente, y desciende por otro sendero ménos alto. Mas oh favor ¡oh bondad la tuya, Madre mia! como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos mas escondidos, y aun á veces le sale al encuentro, aun cuando la huye ingratamente, así tú con maternal constancia, occurs al encuentro de Juan, no léjos de una fuente, y explicada por él la causa de su tardanza, y contando la enfermedad de su deudo, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo, que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habias tú mandado. Mas como él pidiese las se-

ñas que le acreditasen, le mandas subir á la cumbre del monte y que, cortando las flores que allí se encontrara, las recoja en el lienzo que le cubre y las traiga luego á tu presencia. Y como la fé sencilla, de nada duda, ni vacila, él cree sin titubear en la salud de su enfermo, él cree firmemente en la existencia de esas flores que ni el sitio jamás las producía, ni el invierno allí entonces toleraba. Mas el monte, obediente á la insinuacion de su reina, las produce al punto mismo en abundancia; el invierno las respeta, maravillado; y las manos del neófito cogen cuantas quiere y cuantas puede abarcar el lienzo en que las lleva; y las rosas estaban *frescas y olorosas y con rocío*; y cogiéndolas tú, Señora, con las manos, y volviéndolas á echar en el lienzo, las bendices sin duda, y les co-

municas alguna virtud prodigiosa con tu contacto, y mandas á Juan las lleve como señales, sin mostrarlas á nadie en el camino, ni desplegar sino en presencia del Prelado, el lienzo que las guarda. Mas entonces, Madre mia, los ángeles tomaban los perfiles de tu virginal figura, bosquejados sobre la tela desplegada, por los primeros rayos del sol que asomaba en el Oriente y cobijaba tus espaldas, dejándote con ellos revestida; entonces con el jugo de las flores, como exprimidas, trazaban esos colores de una dulzura indefinible, que ni el pincel humano pudo jamás igualar, ni el nitro de los lagos descomponer, ni el tiempo devorador de las cosas, destruir. Allí quedó trazada ésta celeste imágen, sin que obstase la rudeza del lienzo, para impedir la pintura, ni su falta de prepara-

cion para fijarla, ni su rareza y transparencia para perfeccionarla, ni su frágil costura para perpetuarla. Allí se verificó esa maravilla que los ojos atónitos contemplan, que los sábios convencidos proclaman, que los prodigios multiplicados acreditan, y que los corazones embelezados veneran.

Mas ¡oh Virgen de Guadalupe! ¿qué simbolizan las flores que haces brotar en medio de áridos peñascos, sino las graciosas virtudes que cada día haces germinar en los pobres corazones de tus hijos que te aman? ¿y qué indica el hacerlas cojer y florecer de preferencia en el sitio de tus primeras apariciones, en las cumbres y no en el collado, sino que las virtudes florecen mas copiosamente en las almas que tú visitas, y en las que desprendidas de la tierra tienen siempre sus deseos y

aspiraciones levantadas hácia el cielo? ¿Y para qué descendes cercana á la salobre fuente, sino porque quieres bendecir sus aguas con tu presencia, y hacerlas obradoras de salud y remedio, como la fé y memoria de los siglos trascurridos testifica? ¿Y para qué miran tus ojos, y tus manos palpan aquellas rosas frescas y olorosas, y de rocío cubiertas, que con su jugo imprimirían tu imágen, sino para advertirnos que las virtudes hermoseedas con tu contacto serán mas frescas y mas suaves, y que protegidas por Cristo, rocío de los cielos, irán labrando ó imprimiendo tu semejanza y la suya en nuestras almas? ¿Y para qué mandas recatarlas de todas las miradas, sino para advertirnos del santo secreto en que debemos conservar los favores recibidos sin manifestarlos á

otros que á aquél que en nombre del Señor gobierna nuestro espíritu? ¿Y por qué eliges para esa grande obra, la madrugada y el salir del sol, sino para que entendamos que esa es la mas bella hora de cada día, y que en ella debemos hablar con Dios y con su Santa Madre, y ofrecer al Señor las primicias del día, y copiar en nuestros corazones, por la oracion, su perfecta semejanza? Haz pues, Señora, que no nos cansemos de estudiar esta tu historia, tan llena de amor como fecunda en enseñanzas; haz que los ojos de tantos ciegos se abran á los plácidos rayos de tí la aurora de los cielos; haz que curen tantos enfermos con las limpias aguas de tí fuente de gracias; haz que tus hijos sepan dar cuenta á quien conviene, y como conviene, de los favores recibidos, para que impresa en

el corazon tu virginal figura, podamos un día contemplar en los cielos á aquella cuya imágen nos encantaba aquí en la tierra. Amen.

Récese devotamente el Ave maris stella.

SÉTIMO DIA.

Apenas prometes á Juan en la montaña, la salud del enfermo, cuando llena de bondad y misericordia, te presentas á éste, que no sabe al principio si es un delirio delicioso de la fiebre, el que le hace mirar una beldad tan soberana; pero la calentura que al punto se retira, la cabeza que se aligera, las fuerzas que se recobran, y el corazon que late con un encanto des-

conocido, le hacen ver que no es una ilusión lo que le embelesa y le cautiva; y al mismo tiempo escucha ¡oh Virgen! tu voz melodiosa, que el mismo Dios oye resonar con agrado, y tú le muestras tu voluntad de que un templo se edifique en el mismo sitio que al otro Juan manifestaras, y que tu imagen se llamase SANTA MARIA DE GUADALUPE. La salud completa de aquel hombre, además de su ingenua sencillez, dan bastante testimonio de tu bondad de madre y de la realidad de tu visita: así quisiste premiar la ardiente fé de aquellos neófitos, y recompensar los pasos dados en tu honor y servicio, y elegir, como el Señor, las cosas débiles del mundo, para confundir á las fuertes, y á las estultas, para confundir á los sábios, y á los viles y despreciables, para des-

truir las poderosas. Mas, ¿qué quiere decir ese nombre con que gustas llamarle, y que en su dulce y melodioso idioma, revelaste al enfermo en tu visita? Si aun en nuestra lengua significa, *agua de la fuente*, como manifestando que eres una fuente purísima, cuyas límpidas aguas son las gracias que redundando de tí refrigeran, riegan y purifican: ¿cuáles serán sus maravillosos sentidos en el pintoresco dialecto en que te dignaste hacerlo oír la vez primera? Muy bien puede indicar: "*la que tuvo origen en la cumbre de las peñas*," nombre que recuerda las palabras que de tí canta la Iglesia, tomándolas de un salmo misterioso: "*los cimientos de la ciudad de Dios, están colocados sobre santas montañas*," y nombre que recordaría perfectamente tus graciosas apariciones sobre la

cumbre del feliz Tepeyac, juntando así la alteza de tu ser immaculado, con la dignacion de tus visitas á la bajaiza de nuéstro suelo. O mas bien puede significar el nombre de Guadalupe que adoptaste: "*la que ahuyentó á los que nos devoraban,*" puesto que á tu venida desaparecen las supersticiones idólatricas, y fueron ahuyentados los demonios, lobos feroces que devoraban á millares las almas, atormentando tambien no pocas veces á los cuerpos. ¡Oh Virgen de Guadalupe! Hediondas manchas afean hoy á tu pueblo querido: sé tú la fuente de aguas claras, á donde venga á purificar su alma contaminada! Del pozo del abismo se exhalan negros vapores que enturbian la luz de la fé, y del abismo de los vicios, se levanta el humo pestilente de la incredulidad y la blasfemia: sé tú

la que apareciendo á nuestros ojos, radiante de luz en la cumbre de la montaña, desbarates las nieblas, y confundas los errores, y des muerte, tú sola, una vez mas á la heregía! Los leones rugiendo del infierno, trasfigurados hoy para engañar mejor, en almas de difuntos, devoran como nunca las almas de los vivos, y alucinan y engañan á muchos de tus hijos: sé tú, Señora, la que ahuyentes muy léjos á éstas bestias devoradoras, que con astucia de raposas, debastan y asuelan las viñas del Señor! ¡Que ese tu místico nombre de Guadalupe, tan grato á éste pueblo que te ama, endulce nuestras penas y amarguras, embalsame nuestra alma, y purifique el ambiente emponzoñado! Que tu imágen graciosa y querida ocupe por todas partes, no solo un lugar preferente en

nuestros templos, sino tambien la cabecera de nuestros lechos, y las paredes de nuestras moradas! Que tu historia, tan amorosa y tan tierna, sea referida por las madres á sus hijos, y por los hijos de nuestro suelo á los estraños! Y que tu amor inflame nuestros corazones, y que tus glorias y alabanzas, no caigan jamas de nuestra boca en tanto que nuestros ojos te contemplen, y nuestros lábios, con amor y respeto, besen allá en el cielo tus plantas virginales! Amen.

Récese devotamente el Ave maris stella.

OCTAVO DIA.

Ya habia llegado el mensajero, oh Virgen santa! á la casa del Prelado;

ya habia esperado mucho tiempo, y habia tenido que recatar las rosas que llevaba de la piadosa curiosidad que quisiera registrarlas, cuando al fin, introducido á la presencia del Obispo, relata su mensaje con la sencillez de la verdad, y añadiendo que lleva las señales pedidas despliega el lienzo que recogido lleva, y deja caer por tierra las frescas flores que en él guarda. ¿Pero qué aparece entonces, madre mia? ¡Oh prodigio inaudito! oh maravilla que registran encantados los sentidos! En la tosca tela del neófito, una pintura celestial y divina, se presenta ante los ojos atónitos del Prelado! Eres tú, la reina de los ángeles y de los hombres; eres tú, Madre de Dios y madre mia, la que te dejas ver allí, semejante á la vision del Apocalipsis: el sol te viste de pies á cabeza con sus

lucientes rayos, bordan tu manto las blancas estrellas, y pisas la luna ennegrecida; con tus plantas, y un que rubin con las alas extendidas te sostiene. El traje de las nobles hijas de nuestro suelo te viste, y su agraciado color, moreno suave, tiñe tus manos juntas, y tu rostro, de angelical modestia. Las flores de los campos parecen haber cedido sus colores para pintar tu vestidura, y las mas bellas mariposas, el polvo de oro de sus alas para dorar tu túnica. ¡Oh madre, madre, dulce madre mia! qué bella y qué graciosa apareces así á las miradas de los que te aman! Con razon, de los ojos del Prelado brotan al contemplarte, calientes lágrimas de agradecimiento y de ternura! Con razon, como nos cuentan las historias, ha habido un indígena feliz, que espirara á los piés

de tu imagen, no pudiendo resistir al dulcísimo amor que le inspirara! Con razon al comparecer ante ti se endulzan nuestras penas, y se hacen llevaderas las cargas de la vida; y se obtienen fuerzas para sufrir las persecuciones, y perdonar las burlas y sarcasmos de la impiedad que nos rodea! Vuelve hoy, pues, á nosotros esos tus ojos misericordiosos, Maria de Guadalupe! penetra con ellos en el seno de nuestras ciudades, y en lo interior de nuestras habitaciones, y en lo mas íntimo de nuestras entrañas, y límpialo todo, alúmbralo, regocíjalo y purificalo todo con tu aspecto. Muevante á compasion tantos hijos ingratos y culpables: dá una mirada á tantos templos arruinados, á tantas sectas levantadas, á tantas místicas palomas, arrojadas del arca santa al cenagal del

7

mundo, á tantos ángeles de dulce caridad, regando con sus lágrimas el amargo pan del destierro, y suspirando por este amado suelo que no olvidan ni un día: á todos mira Virgen misericordiosa, para que tus entrañas se muevan á clemencia; acuérdate oh Virgen fiel, de tu promesa, de mostrarte madre de misericordia en todas nuestras necesidades, muévete á socorrernos en tantos males, y á protegernos entre tantos peligros. Virgen poderosa; ampáranos en la vida, acompáñanos benigna á la hora de la muerte, y regocijamos con tu dulce presencia en la eternidad. Amen.

Récese devotamente el Ave maris stella.

ULTIMO DIA.

¡Con cuánto amor y agradecimiento fué acogida tu portentosa imagen, madre mia de Guadalupe! ¡Con cuánta tierna piedad venerada por el dichoso Prelado que logró el primero contemplarla! ¡Con cuán santa curiosidad requerida por los fieles para mirarla regocijados, hasta que colocada en el templo principal y expuesta á todos los ojos, fué acreditada al presentarla al culto público, y autorizada de este modo; pues la Iglesia no alimenta la piedad de sus hijos, con la ficción ni la mentira! Desde entonces resiste al embate de todos los elementos destructores; ni el polvo que por muchos dias recibe, la deslustra; ni los rayos del sol, la decoloran; ni el aire carga-

1020000095

do de vapores corrosivos, la destruye; ni el contacto de millares de piadosos objetos que á ella se juntan, la descompone: inmóvil, serena, radiante en el trono que la fé de nuestros padres le erigiera, vé pasar los siglos tras los siglos, siempre constante para protegernos, y siempre pronta para recibirnos y escuchar nuestras quejas. Si alguna vez deja la montaña de su eleccion para penetrar en la ciudad inundada, no es sino para facilitar su acceso á sus hijos, ó para calmar la horrible peste que destruye su raza tan querida; mas trascurrido el peligro, vuelve magestuosa á instalarse en su templo y su altar, para recibir allí las plegarias de todos, y mostrarse su madre verdadera, y derramar á torrentes sus misericordias y favores. ¡Oh madre mia, vida mia, tesoro de mi cora-

zon y encanto de mi alma! ¿cómo te alabaré Virgen de Guadalupe, y con qué nuevos acentos cantaré tus maravillas y alabanzas? ¿Qué palabras tan tiernas encontraré en el humano lenguaje que puedan mostrarte la ternura de mi alma, y el amor de mi corazon para contigo? ¡Virgen mia! madre mia! morena tórtola de nuestros altos montes: azulada paloma del Tepéyac, tierna beldad de encanto soberano, que á México cautivas y enamoras; clara fuente de mansísimas aguas, á cuyas márgenes acuden las almas sedientas en busca de salud y de limpieza; batalladora terrible como un ejército desplegado en combate, y capaz de ahuyentar con solo tu aspecto á los que nos devoran; estrella esplendorosa matutina, que en la cumbre de las montañas apareciste un día, para

ahuyentar la negra noche de los errores; rosa mística de celeste fragancia, que te abriste preciosa en nuestro suelo, para ser su honor y su delicia; y embalsamarle por siempre con tu aroma; iris radiante de limpiísimos colores que te levantas entre el cielo y la tierra, para alentar la esperanza del hombre, y recordarle al Señor sus promesas de paz; arca colmada de inapreciables riquezas, abierta siempre á todas las necesidades, y convidando á todos con tus tesoros; alcázar real de inexpugnables muros, en cuyo recinto, seguros nos hallamos de los tiros de todos nuestros enemigos; ¡Virgen de Guadalupe, Dios te salve! Mi corazón es tuyo, bien lo sabes! mis ojos no quisieran retirarse nunca de esa imagen que siempre los recrea sin saciarlos jamás: mi mansión quisiera te

ner junto á la tuya para vivir y respirar á tí cercano. ¡Piedad, piedad de tu pueblo, Madre mia! ¡México te ama siempre, aunque muchos de sus hijos se extravien, y muchos de los tuyos se desalienten. ¡Piedad para ellos, Señora, piedad y misericordia para todos! Que los errores se disipen: que los ángeles de tinieblas huyan amedrentados! que los herejes se rindan á la luz de la fé, que los católicos reaviven su celo, y se despojen del espíritu del mundo! Que el nombre del Señor sea santificado, y su reino extendido, y su voluntad cumplida en todas partes; y que tu dulce nombre, y tu graciosa imagen, y tu amor y tu culto, se aumenten á porfía entre nosotros, para que purificada nuestra vida, y asegurando nuestro camino, juntos nos alegremos al ver á Jeucristo, y á

tí su santa Madre allá en el cielo.
Amen.

*Récese devotamente el Ave maris
stella.*

VISITA

Á LA

Virgen Maria de Guadalupe

En su Templo
ó delante de su imagen

Para rogar por la Nacion Mexicana

ESCRITA POR

Gabino Chávez, Pbro.



MEXICO.

IMPRENTA CATÓLICA, TIBURCIO 17.

—
1882.